



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

9 de junio de 1888

Núm. 32



LA PALOMA DE JORGE



## RECOMPENSA DEL AMOR FILIAL

ESTANDO un día en su despacho Federico *el Grande*, de Prusia, y necesitando transmitir alguna orden, tocó un timbre para llamar á uno de sus pajes, pero nadie compareció. Aguarda un momento, llama de nuevo, pero en vano: nadie se presenta tampoco. Entonces se levanta, sale del despacho, dirígese en persona á la antesala donde tenían obligación de hallarse sus servidores, y vió solamente á uno de sus pajes, dormido en una butaca. Adelantóse hacia él para despertarle, cuando distingue la punta de una carta que salía del bolsillo de su servidor. Picóle al rey la curiosidad de enterarse de lo que el papel contenía, é instantáneamente lo tomó y lo leyó. Su contenido distaba mucho de ser el que se figuraba el rey. Era una carta de la madre de su joven servidor, concebida en estos términos:

«Amado hijo mío: En el preciso momento en que iba á ser víctima de la miseria, me ha sido entregado el dinero que te has dignado enviarme; así es que tu dádiva ha llegado á nuestra casa como una bendición de Dios. Tú ya sabes, amado hijo, que soy pobre, muy pobre; y sabes, además, que tú eres el único amparo

que me queda en el mundo desde la muerte de tu padre. ¡Pobre hijo mío! ¡Cuántos sacrificios y cuántas privaciones te cuesta tu madre! Mi última enfermedad no sólo agotó todos mis recursos, sino que me ha dejado completamente imposibilitada para el trabajo. Acuérdate, pues, de tu infeliz madre, que no puede ya vivir mucho tiempo, agobiada por el peso de los



La paloma de Jorge



sitan  
is pa  
per

años y de los achaques, y por el inmenso dolor que le causa el verse separada de su único hijo. Sólo me queda el consuelo de saber que eres honrado y bondadoso como tu padre. Ya que la honradez es el único patrimonio que ha podido legarte tu familia, consérvala íntegra hasta que haya dejado de latir tu corazón. Tu madre te agradece en el alma los sacrificios que haces por ella, y queda rogándole á Dios se digne recompensar tus virtudes. Te abraza tu madre, *Berta*.»

El rey leyó varias veces la carta, profundamente afectado y anegados en lágrimas sus ojos. Después de permanecer un rato inmóvil y pensativo ante el paje, que seguía durmiendo, penetró en su despacho, saliendo en breve con un paquete de monedas de oro, que deslizó suavemente, junto con la carta, en el bolsillo de su joven servidor. Luego con el mayor sigilo penetró de nuevo en su despacho.

Al poco rato hace sonar varias veces el timbre con mayor fuerza. Despiértase el paje, y corre presuroso á ponerse á las órdenes de su señor.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Estás ya aquí, buena pieza? ¿Has dormido bien?—le dijo Federico.

El paje, avergonzado y perplejo, baja la vista al suelo, buscando manera de excusarse; y, en su agitación, lleva maquinalmente la mano á su bolsillo. Al través del tejido siente el peso del paquete: tira de él, y su estupor y su admiración son grandes al contemplar su contenido.

Al ver tanto oro, ignorando su procedencia, se espanta, palidece y arrójase á los pies del soberano, que le estaba mirando con rostro severo; y, lleno de emoción y derramando abundantes lágrimas, le dijo:

—¡Oh, señor! Quieren perderme... quieren que yo sea echado de vuestra casa como un criminal... No sé de dónde viene este dinero... no sé quién lo habrá metido en mi bolsillo... Señor... señor... no es mío... no es mío... No sé de quién es... Señor... señor... perdón...

—Amigo mío,—le dijo el rey, disimulando la emoción que le embargaba, y procurando ocultar una lágrima que rodaba por sus mejillas;—el bien nos viene muchas veces durmiendo. Tranquilízate, pues nada tengo que decir contra ti. Procura ser siempre el apoyo de tu buena madre. Envíale ese dinero y asegúrale mi protección. Dile de mi parte que se venga á la corte á vivir al lado de su hijo, pues su soberano desea conocerla y ampararla en su vejez. En cuanto á ti, lo único que tengo que recomendarte es que, en adelante, procures no dormir tan fuerte.

PEDRO GARRIGA PUIG



mio  
tima  
com  
felis  
lo



## EL MAR

**D**on Eduardo, dignísimo maestro á quien ya conocemos, comunica lo que sabe, y sabe mucho, hasta en plática familiar con sus amados discípulos y para él todo tiempo y lugar son hábiles para la enseñanza.



Relato de un perrito

Y el bueno del maestro los cerró efectivamente. Y ahora preguntó á ciegos

Todas las tardes de fiesta sale á paseo con sus predilectos, que no son muchos, pues si muchos son los llamados pocos son los escogidos: sus escogidos son los buenos y aplicados.

—Y ¿á dónde iremos esta tarde, amigos míos?—les preguntó bendadosamente, dejando esto á elección y gusto de ellos.

—Al mar,—contestó más resuelto, con alegre asentimiento de los demás niños.

—Enhorabuena.

Y, de allí á poco, estaban sentados maestro y niños en frente del mar.

—Y, vamos á ver, Pepito—dijo el maestro aprovechar de la ocasión.—¿Qué es mar?

—¿Qué es mar!—contestó el niño, asombrado de la misma sencillez de la pregunta.—Pues ¿qué ha de ser? Eso—añadió indicando el charco

—Eso no es decir nada,—repuso el maestro sonriendo.—Supongamos que soy ciego y, por consiguiente, que no veo eso.

—Pero ¡si lo está V. viendo como yo, señor maestro!

—Supongamos que cierra los ojos para no verlo.



—¿Qué es mar?

—Mar es,—contestó el niño, más y más asombrado de una sencillez que lo ponía en tal aprieto,—mar es... mucha agua.

—No es exacta tu definición, Pepito: mucha agua tiene también una balsa, y no es mar. ¿Qué dices tú, Manolo?



Relato de un perrito

—Yo digo que... le falta sal.

—Ya no le falta, puesto que tú se la echas; pero, aunque le echaras cien quintales de sal, sería una balsa de agua salada, nunca un mar.

—¿Digo yo lo que le falta?—preguntó Luisito impaciente.

—Dilo, pues.

—Barcos.

—Barcos tiene un lago, un río, hasta un estanque; y, sin embargo, ni el estanque, ni el río, ni el lago, es mar.

—Pues, como no sean peces, no sé yo que más pueda faltarle.



—Tampoco es condición esencial, hijo mío, por cuanto hay peces de agua dulce, y muy sabrosos, por cierto. Salid, salid de esa pequeñez de balsa en que os habéis metido, y, discurrendo con más grandeza, daréis en los términos de la definición. A ver qué se te ocurre á ti, Ramiro. Grandeza, audacia en presencia de esa obra magna de Dios.

—El mar,—contestó Ramiro, saliéndose de la balsa,—no es lo que ha dicho ninguno de estos niños.

Y añadió gallardamente como un hombre hecho y derecho:

—El mar es toda el agua que hay de aquí á Pekín.

Buen espacio estuvo riendo el bueno del maestro, celebrando la audacia del muchacho; y, volviendo luego á su amable seriedad, se dirigió á Teodoro á quien, por ser el primero de la clase, dejaba siempre para lo último, segun siempre de su acierto, y le dijo:

—A ver, Teodoro, si supliendo deficiencias y templando exuberancias pones tú las cosas en su punto. ¡Atención, niños! ¿Qué es mar?

Teodoro contestó bien y de corrido, como aquel que todo se lo sabía de memoria, supliendo, á veces, con su buen entendimiento y claro juicio, lo que nadie le había enseñado: «Mar es la gran masa de aguas que rodean la tierra en un espacio mayor que el ocupado por sus continentes.»

—¡Bravo! Eso es.

—Pero también Teodoro es más grande que nosotros,—dijo, en descargo, un chiquitín, con adorable enojo.

—Es verdad. Y también lo es que así celebro yo la buena disposición de uno como el buen deseo de los otros, y muy más la ingenuidad tuya. Y á todos os quiero lo mismo; si bien, solícito de mi honor profesional, quiero poner sobre las niñas de mis ojos al que más me honre.

CECILIO NAVARRO





## FLORICULTURA

La floración de las plantas varía con arreglo á diversas circunstancias. Los vegetales herbáceos florecen al año de su nacimiento, los bienales en el segundo, siendo los restantes más tardíos en dar sus primeras flores. La temperatura y la luz han sido siempre consideradas como dos poderosos auxiliares para la feliz germinación de las plantas. Cuando los calores se



Temor á la oscuridad

adelantan, las flores manifiestan sus pétalos mucho antes que los años en que la temperatura muestra tendencia á descender. Las estufas é invernaderos, merced á su atmósfera artificial, son sitios muy á propósito para anticipar el nacimiento de las flores. Es verdad que éstas florecen en todas las estaciones del año; pero es innegable también que cuando la temperatura es baja las flores nacen sin vigor, sin lozanía y faltas de color y perfume.

Gran número de flores se abren en sus respectivas plantas en determinadas horas del día, por lo cual dió Linneo el nombre de *reloj de Flora* á la serie de plantas clasificadas según la hora á que se abren sus corolas. Existen también las conocidas con el nombre de *flores efímeras*, cuya duración es sólo de



un día; y la rosa de Navidad, por florecer en diciembre á pesar de las nieves frías que combaten su delicada existencia. Las hay asimismo diurnas y nocturnas, según se abren en plena luz del día ó entre las sombras de la noche.

Algunos naturalistas han observado que los viajes favorecen en las plantas la formación de las flores. Por eso, después de haber sometido un vegetal á largo transporte, florece más pronto que otro que no haya sido jamás trasportado. De ahí que se considere altamente propicio el cambio de clima para mejorar las condiciones de los vegetales.

Según la época de su floración, han recibido las plantas diversas denominaciones. Llámense *vernales* aquellas que florecen en el trimestre compuesto de marzo, abril y mayo; *estivales* las que lo verifican desde junio hasta agosto; *otoñales* las que nacen entre setiembre y diciembre; é *invernales* las que florecen en los tres restantes meses. Hay algunas denominadas *equinociales* por abrirse durante muchos días á la misma hora, y se dividen asimismo en *diurnas* y *nocturnas*. Entre las primeras se cuenta el *ornithogalum umbellatum*, cuya flor abre sus pétalos aproximadamente á las once de la mañana para cerrarlos en igual hora de la noche; y entre las nocturnas el *ficoides noctiflora*, que rompe en flor á las seis de la tarde y dobla sus hojas á las cinco de la mañana.

El estado atmosférico, como llevamos dicho, influye grandemente en el organismo de determinadas flores, que se abren ó cierran ó se agostan repentinamente, según el grado de humedad ó sequedad, estado eléctrico, tiempo variable, etcétera. A estas flores se las llama meteóricas. La *caléndula pluvialis* no se abre en flor el día lluvioso, al paso que el *lonchus sibericus* sólo florece las noches que preceden á un día de lluvia ó tormentoso.

La luz no ejerce menos atracción sobre las flores, confirmándolo los experimentos verificados hasta hoy con notable éxito. Han consistido algunos, y los precisamos por ser los más curiosos, en iluminar durante la noche algunas especies del género *oscalis*, reuniendo los rayos luminosos por medio de una lente. Con tal procedimiento se consiguió que las flores se abrieran cual si las hubiese bañado el astro solar. El perfume que exhalan tiene también relación con las horas del día en que se observan. Las hay que sólo son olorosas de noche, y por este motivo se las denomina *flores tristes*.

El color es asimismo mudable. La hortensia, por ejemplo, tiene flores verdes cuando se abre, rosadas luego y azuladas al fenecer. La bola de nieve, al florecer, es igualmente verde, y acaba teniendo la nitidez de la nieve. La flor del *convolvulus versicolor*, cuando se abre con los primeros fulgores de la aurora, es rosa pálido, que va subiendo de matiz á medida que entra el día; á las doce es completamente roja; y al llegar el crepúsculo, más que pálida, aparece incolora.

Lo expuesto basta para atestiguar las innumerables bellezas que entrañan los estudios naturales cuyo conocimiento es siempre tan útil como provechoso.

BENJAMÍN







La niña traviesa



## ❖ NUESTROS GRABADOS ❖

### LA PALOMA DE JORGE

Cierta día, cuando Jorge estaba cogiendo fresas en el prado, encontró una paloma que tenía rota un ala. Llevóse la a su casa y vendió la parte dolorida, oprimiendo bien contra el costado del ave. Muy pronto la paloma estuvo tan buena como antes y en estado de volar pero no huyó de su bienhechor, pues se había domesticado mucho. El muchacho se alegró porque no tenía juguetes ni nada con que distraerse.

Cuando iba á coger fresas, la paloma le acompañaba, posándose en su hombro. Jorge le puso por nombre *Bella*, y enseñóle á comer en una mano. Por la noche el ave se colocaba junto á la cabeza del muchacho.

La madre de Jorge enfermó cierto día, y sólo tenía á su hijo para cuidarla. Cuando ya no pudo comer y su mal empeoró, Jorge fué á buscar un médico.

—Se pondrá buena pronto si toma buen alimento,—dijo el doctor;—es preciso darle caldo de gallina ó de carne.

Jorge no tenía dinero para comprar esto; pero de pronto pensó en su paloma. No ignoraba que servía para hacer buen caldo, pero faltábale valor para matarla.

Cuando pensaba en esto, vió llegar á una vecina, y, corriendo á su encuentro, púsole la paloma en las manos.

—Hágame el favor de matar esta paloma,—le dijo,—pues mi madre está muy enferma y necesita caldo.

Y entró corriendo en la casa, procurando no pensar más en la pobre paloma. No quería que su madre le viese llorar, porque se habría opuesto á que mataran á la cariñosa ave.

Una hora después, la vecina entró con una buena taza de caldo en la mano; y, apenas lo tomó la enferma, sintióse más aliviada.

—Mañana traeré más,—dijo la vecina;—y puede V. contar con una taza todos los días hasta que se ponga buena.

Jorge salió con la vecina, y dijole, al llegar á la puerta, de modo que su madre no le oyese, que ya no tenía más palomas ni sabía qué hacer para proporcionar caldo á su madre.

Antes de que la mujer pudiese contestar, Jorge oyó un ruidoso aleteo y vió á su querida ave, que, corriendo á posarse en su hombro, comenzó á picotearle la mejilla.

—Ya ves,—dijo la vecina á Jorge,—que no he matado á tu paloma: he hecho el caldo con gallina, y seguiré haciéndolo, pues veo que has sido un buen muchacho al avenirte á sacrificar á tu querida ave para que no le faltara á tu madre el caldo.

¡Qué feliz fué con esto Jorge! Desde aquel día amó á su paloma mucho más que antes, y su madre no supo, hasta que se restableció del todo, cuánto había peligrado la vida de la cariñosa *Bella*.

### RELATO DE UN PERRITO

Mi amo y su hermana, acompañados de dos señoras jóvenes, me llevaron ayer á un sitio muy particular, á una especie de barraca. Mi amo tomó cuatro billetes, por los cuales dió algún dinero, y, cogiéndome después en brazos, entró con las señoras.

Después de subir algunos escalones, penetramos en una gran sala donde había mucha gente y que estaba llena de curiosos objetos. Todos los espectadores se reían; y cuando hubimos llegado al centro, vi en una especie de plataforma una mujer tan obesa que parecía un verdadero fenómeno, y sentado junto á ella un hombre extremadamente flaco.

Una de las señoras dijo á su compañera:

—Ahí tienes la mujer gorda y el esqueleto.

La mujer fenomenal se sonrió al verme; y, como dijese que yo era un perro muy bonito, mi amo me puso en la plataforma, y aquélla me cogió entre sus brazos. Entonces me creí perdido, pues me ocultó casi en su falda y comenzó á darme golpecitos con su enorme mano; pero ésta pesaba tanto, que temí quedar aplastado.

El esqueleto se acercó á la mujer gorda y quiso también hacerme caricias. Acercó su brazo á mi hocico, y, creyendo yo que era una caña, comencé á morderle.



La mujer gorda soltó entonces una ruidosa carcajada que me hizo temblar, mientras que el esqueleto no podía mover el brazo, porque le tenía sujeto en mi boca.

El hombre estaba tan débil que no podía hacer esfuerzo alguno para desprenderse, y así es que comenzó á gritar, lo cual bastó para que la gente se agolpara alrededor. La mu-



La niña llorona

La mujer gorda seguía riéndose, y mi amo me llamó al punto; pero aquélla no me dejó sin darme antes un pedazo de torta.

Al fin nos marchamos, y mi amo me dijo en el camino que no me llevaría otra vez al



museo, porque me había portado muy mal. Me alegré, porque así no vería otra vez aquellos fenómenos; pero sentíalo porque perdía la ocasión de recibir una golosina.

### TEMOR Á LA OSCURIDAD

Gertrudis temía mucho la oscuridad sin que nadie supiera por qué. Esta no tiene aguijón como la avispa, ni pinchos como la rosa; pero á la niña de que hablamos le infundía mucho miedo, y tal vez á otros también.

Cierta noche estaba sentada con sus padres en la sala, á la hora que comenzaba á oscurecer, y de pronto quiso su muñeca, que estaba en el piso superior.

—Tendrás que ir á buscarla tú misma,—le dijo su madre,—pues la criada tiene ahora que hacer en la cocina.

Gertrudis abrió la puerta de la sala, y vió que la galería estaba muy oscura, y que los cuadros pendientes de las paredes parecían fantasmas. Temerosa de salir, volvió á sentarse; mas al poco tiempo abrió de nuevo la puerta, y puso delante una silla para que no se cerrase; pero aun era densa la oscuridad, y, no atreviéndose á penetrar en ella, la niña volvió á ocupar su silla. Por tercera vez se levantó al poco rato, y salió cerrando la puerta; mas no tardó en volver corriendo: parecíale que las sombras la perseguían; y trascurrió otro intervalo antes de que se atreviera á salir de nuevo, y entonces franqueó la galería y después la escalera, apresuradamente, como si todos los duendes de que se habla en los cuentos fueran en su persecución. Al fin llegó á su cuarto, cogió la muñeca, y desde aquel día perdió el miedo á la oscuridad.

### LA NIÑA TRAVIESA

Roto el vaso de las flores, y éstas diseminadas; la tinta de la botella vertida en la alfombra; la fruta destinada para la mesa, mordida; la papalina de la abuela, arrugada y sucia; y otros varios desperfectos; fué lo que vió la mamá de Isabel, niña de dos años, al correr la casa.

—¿Quién ha hecho todo eso?—le preguntó.—Será preciso castigar al culpable.

La traviesa niña sonrió dulcemente, sin manifestar temor alguno; y, desarmada la mamá ante tanto candor, dió un beso á su hija en vez de castigarla.

### LA NIÑA LLORONA

La graciosa Juanita está gimoteando entre las flores, sin causa ni razón alguna, más bien por vicio que por otra cosa.

—¿No te da vergüenza lloriquear así?—le pregunta su mamá.—Hasta las rosas que te ven se reirán de ti.

Al oír esto, la niña enjuga sus lágrimas, y contesta, mirando las flores llenas de rocío:

—No te enfades ni me riñas, mamá; pues, según puedes ver, también las rosas de que hablas han llorado como yo.

### UN REGALO SINGULAR

Con la sonrisa en los labios y radiantes de alegría, Luisa y Clotilde, dos preciosas niñas se dirigían á su casa, llevando entre las dos un sólido cesto, tan pesado, al parecer, que casi tocaba en tierra.

—¿Qué me traes ahí?—preguntó su mamá al verlas desde lejos.

—Una cosa que ha de gustarle mucho,—contestaron las niñas;—un regalo de mucho valor; tanto, que cuando lo veas no querrás que nadie se lo lleve, pues para ti no hay nada más dulce.

—¿Son manzanas ó nueces?—preguntó la mamá.

—¡Oh! Nada de esto,—replicaron las niñas;—nunca lo podrás adivinar, por mucho que te esfuerces.

Cuando llegaron á la puerta de la casa, ¡cuál no sería la sorpresa de mamá al ver que el cesto contenía el niño pequeño, bien abrigado entre mantas y profundamente dormido! Tal era el regalo que sus hijas le ofrecían.



## LO QUE LA MUÑECA TIENE Y LO QUE NO TIENE

Mi muñeca tiene un cochecito para pasearse, un elegante vestido de larga cola, y bonitos lazos para adornarse el cuello. Tiene también zapatitos de charol, un pañuelo grande y una sombrilla.

En su casa no le falta un mullico de lecho, una hamaca para balancearse. Tiene, además, una pequeña cocina, y, en una palabra, todo cuanto puede necesitar.



Un regalo singular

Pero ¡ay de mí! le falta una cosa muy principal. ¿Qué diríais que es? ¡Pues nada menos que la cabeza!



## LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

La cólera del Sr. Cleghorn le hacía sordo á todas las protestas de Jaime, que afirmaba no haber aspirado ni por un solo instante al honor de casarse con su hija.

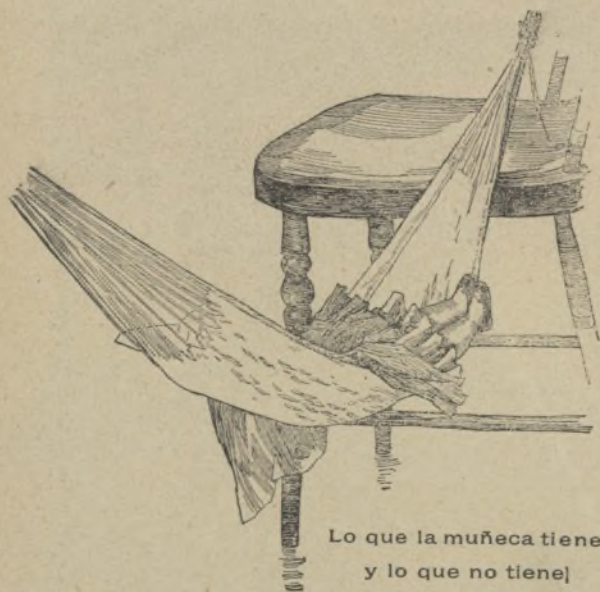
—¿Podéis negar acaso que la amabais?—exclamó el Sr. Cleghorn.—¿Podéis negar que hayáis palidecido ayer cuando os dije que quería ser obedecido?

Jaime no podía rechazar estas imputaciones, pero persistió protestando de su buena fe. Juró que jamás había tratado secretamente de captarse la afec-

ción de la Srta. Cleghorn, y aun más: que estaba convencido de que la joven no había concebido la menor sospecha de su cariño.

—Podréis darme la prueba de esto induciendo á mi hija á que me obedezca,—dijo Cleghorn.—Decididla á que se case con el Sr. Raikes, y todo quedará olvidado.

—Eso no está en mi poder, señor,—dijo Jaime.—No tengo derecho á intervenir en este asunto, y no lo intentaré. Me vendería á mí mismo, señor, si me viese obligado á decirle á la señorita una palabra en favor de otro. No trataría, pues, de hacerlo, aunque tuviese yo formada la más



Lo que la muñeca tiene  
y lo que no tiene!

elevada opinión del Sr. Raikes; pero no le conozco. Haría mal, pues, en abogar por él, únicamente por daros gusto. Estoy trastornadísimo, señor, de que no me hayáis otorgado toda la confianza que creía haber merecido; día llegará en que me hagáis justicia. Y ahora creo que nada mejor me toca hacer, para seros agradable, que irme cuanto antes mejor; y así, en lugar de permanecer tres días todavía en vuestra casa, no quiero permanecer en ella ni tres minutos contra vuestra voluntad.

El Sr. Cleghorn se sintió vivamente emocionado por los sentimientos de noble orgullo y de lealtad que expresaban las palabras de Jaime.

—Seguid mis órdenes, caballero,—le dijo;—no os pido nada más. Permaneced tres días más aquí, y quizás de aquí á entonces esta impertinente muchacha se habrá sometido. Si ella ignora que la amáis, no sois tan culpable como suponía.

Trascurrieron los tres días, y llegó el momento en que Jaime debía abandonar á su principal. La joven persistía en su resolución de no casarse con el Sr. Raikes, y se lamentaba de la injusticia con que Jaime era tratado por su culpa. Quiso ausentarse de casa de su padre para ir á pasar algún tiempo en



casa de una tía que habitaba en el norte de Inglaterra. No disimuló que Jaime le parecía el más guapo mozo que hubiese visto nunca; pero añadía que no podía razonablemente pensar en casarse con él, puesto que jamás le había dado el menor motivo para pensar que experimentase el menor afecto hacia ella.

El Sr. Cleghorn estaba muy conmovido, pero su intención de alejar á Jaime era inquebrantable. Cuando éste vino á despedirse de él, le dijo:

—¿Partís, pues, decididamente? ¡Eh! Habéis pasado las correas de esa maleta como un aturdido. Dadme, que os lo arreglaré un poco. Conque... ¿vais á dejarme?... Es una lástima; pero, en fin, vuestra lealtad, vuestro buen sentido os dicen que... En fin, ya comprenderéis que...

A cada palabra el Sr. Cleghorn tomaba un sorbo de rapé y le era imposible acabar su frase. Por fin exclamó:

—Es cosa decidida.—Y las

lágrimas se escaparon de sus ojos.—Vamos, bueno,—añadió;

—hème ahí haciendo un papel ridículo. En mi juventud un amo

se separaba de su dependiente con tanta facilidad como se cambia un par de guantes. Creo que

el mío hubiese preferido más declararse en quiebra que dejar

caer una lágrima cuando me despedí. Y, sin embargo, bien valía

yo tanto como otro cualquiera, en mi tiempo. Verdad es que vos

valéis aún más que yo. Pero no es este el momento de hablar de

vuestras cualidades. Conque... Pero ¿qué le vamos á hacer?

Cuando una cosa queda decidida vale más ejecutarla cuanto antes mejor.

Vaya, vengan esos cinco antes de marchar.

El Sr. Cleghorn puso en manos de Jaime un billete de cincuenta libras

y una carta de recomendación para un comerciante de Liverpool. Jaime abandonó aquella casa sin despedirse de la Srta. Cleghorn, que no por eso dejó

de tener formada la mejor opinión de él, á pesar de su falta de galantería. Su principal había tenido cuidado de recomendarle á una de las mejores casas

de Liverpool, donde ganaría el doble de lo que hasta entonces había devengado. Pero Jaime estaba trastornadísimo por tener que abandonar á Monmouth,

donde dejaba á su padre, á su hermano y á su hermana, sin hablar de la señorita Cleghorn.

Por la noche Jaime se fué á una fonda cercana á la estación del ferrocarril, á fin de pernoctar allí en espera del primer tren que debía salir al día siguiente, cuando, al cruzar por una calle que conduce al río Wye oyó gran rumor de gente que disputaba. A la claridad de la luna distinguió muchos

hombres que se peleaban en una barca amarrada á la orilla. Preguntó á un individuo que salía de la fonda y que parecía preocuparse muy poco de la brega.



Lo que la muñeca tiene y lo que no tiene

(Se continuará)



## SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

## Tercio de sílabas

Moreto  
Regalo  
Tolosa

## Fuga de consonantes

Pobres pordioseros  
pasaban perdidos  
pidiendo pesetas  
para panecillos.

## Logogrifo numérico

Salvador  
Charadas  
Vicioso, Quevedo

## PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

## LOGOGRIFO NUMÉRICO



Lo que la muñeca tiene y lo que no tiene

1 = Consonante.

4 3 = Nota musical.

8 4 8 = Animal.

9 6 7 6 =

1 8 7 2 8 =

1 8 4 5 6 2 =

1 8 6 8 9 9 8 =

1 8 6 8 9 9 8 2 = Clase de ganado.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 = Nombre de varón.

1 8 4 5 3 9 9 8 = Parte de España.

7 8 9 5 3 1 6 = Mar.

1 8 7 2 3 6 = Clase de ganado.

1 3 2 3 6 = En las iglesias.

5 6 2 6 = Animal.

1 8 9 = Indispensable para  
los edificios.

9 8 = Nota musical.

6 = Vocal.

PACO DALTAUIT ANDREU

## CHARADAS

Prima mi primera  
tercera persona  
de un verbo vulgar,  
y dos un pronombre  
que dos bien pronuncias  
desde tierna edad.  
Mi cuarta, primera  
¿por qué no decirlo?

nota musical.  
Tres cuatro indulgencia,  
á todos vosotros  
por tanto charlar;  
y á nadie deseo  
que con ningún todo  
tenga que tratar.

ORESTES

Anoche me comí un todo  
más grande que tu cabeza.  
Si dices que dos y tres  
no me importa un prima terci-

MANUEL LUIS VICIOSO

Las soluciones en el número próximo

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACIÓN:** Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA.  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.